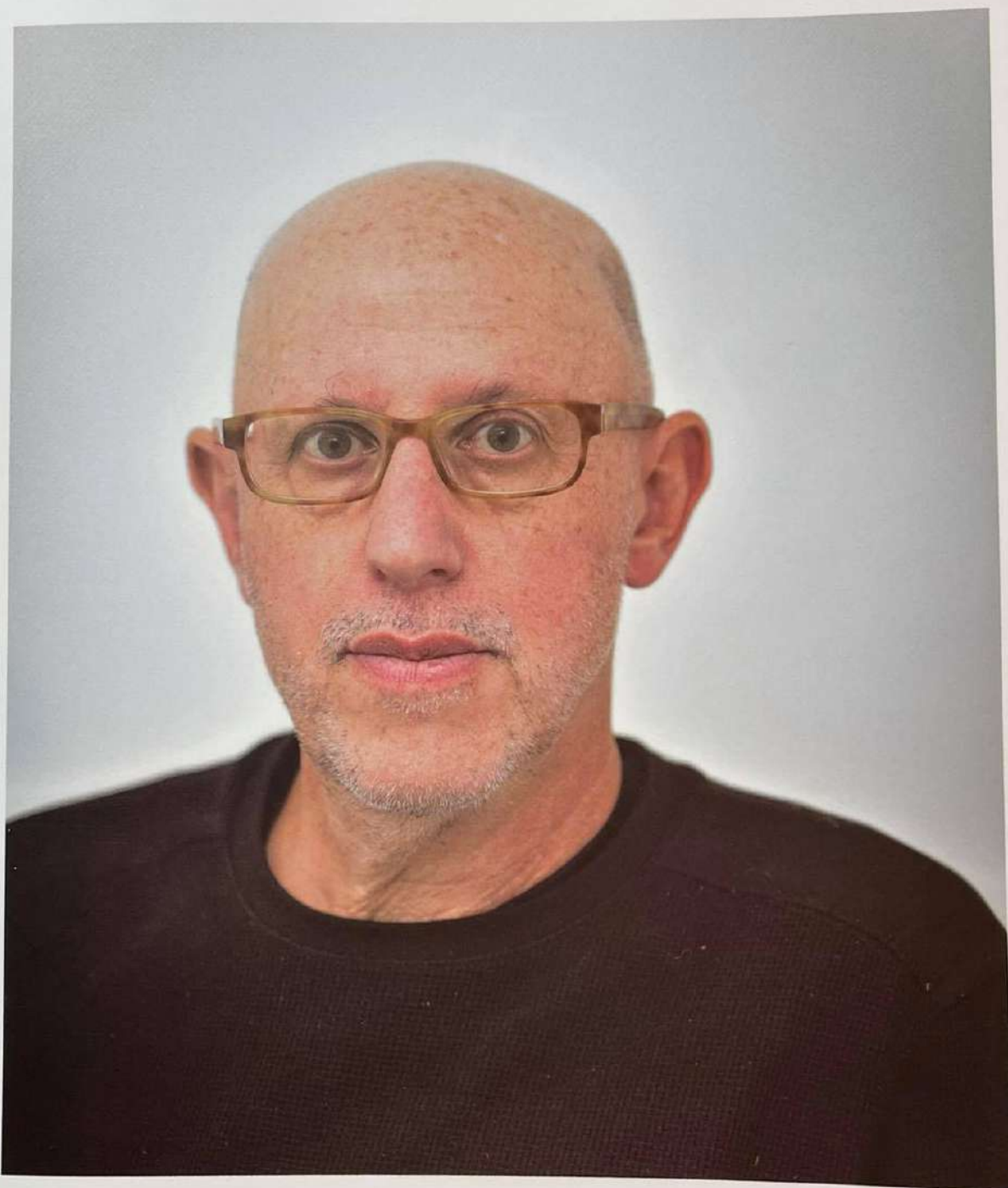


CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



PUNTO DE VISTA

José Lasaga Medina,
Antonio Diéguez, Juan Carlos Abril
Toni Montesinos, Adolfo Sotelo Vázquez,
Alberto García Ferrer





ENTREVISTA

Sergio Chejfec

MESA REVUELTA

Gustavo Valle
Sebastián Gámez Millán

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

-  PUNTO DE VISTA
- 2 *José Lasaga Medina* - Nostalgia de lo animal
 30 *Antonio Diéguez* - La apelación a la dignidad en el debate sobre el mejoramiento humano
 48 *Juan Carlos Abril* - Alfonso Reyes, cordialmente español. A propósito de *Cartones de Madrid*
 64 *Toni Montesinos* - Cortázar o el mundo patas arriba
 74 *Adolfo Sotelo Vázquez* - Las memorias entreveradas de Guillermo de Torre (1900-1971)
 86 *Alberto García Ferrer* - En el cine, Drácula empezó hablando español. La emoción de la palabra
-  ENTREVISTA
- 96 *Cristian Crusat* - Sergio Chejfec: «Apuntes para un panfleto»
-  MESA REVUELTA
- 104 *Gustavo Valle* - Un fuerte aplauso para Yelimar. (Peripicias de un venezolano en Buenos Aires)
 118 *Sebastián Gámez Millán* - Ciudades de palabras
-  BIBLIOTECA
- 130 *Blas Matamoro* - Hernando Colón, humanista
 134 *Manuel Gregorio González* - Adán hacia la urbe
 138 *Daniel B. Bro* - Restauración de Manuel Azaña
 142 *Eduardo Moga* - El diorama de los desheredados
 146 *Gerardo Fernández Fe* - Vigilados y castigados: una historia escorada de los campos de concentración
 151 *Juan Carlos Méndez Guédez* - También matan las palabras
 155 *Isabel de Armas* - Preston. Entre corruptos e incompetentes



**Alfonso Reyes,
cordialmente español.
A propósito de *Cartones
de Madrid***

Por Juan Carlos Abril

Todo el día ha cantado esta gente, todo el día ha bebido y ha bailado, y aún vuelve por la noche alborotando las calles y revoloteando en torno a los faroles. Y si la fuerza de las razas se mide por su resistencia a la alegría... ¡oh España! ¡oh España!

(REYES, 1917: 26-27; 1988: 27; 1995: 60)

INICIOS DEL SIGLO XX

Siempre se ha dicho, y con bastante razón, que un mexicano en España se siente como en casa, e igual suele suceder con un español en México. Las causas son la proximidad y la hermandad, una cultura que nos atraviesa de parte a parte, haciéndonos partícipes de una misma base, y que tiene como eje la lengua. Desde ahí pivotan asuntos tan variados como la gastronomía, los trajes regionales, la gestualidad, las costumbres en general y la forma de realizar metáforas, que incide en la manera de concebir el mundo. Ya sabe que la lengua es todo, la lengua es cultura, y en las palabras se encierra el particular universo de una comunidad lingüística, desde los significados inmanentes y el *dasein* heideggeriano, hasta los que cambian con los años y las modas, los matices irónicos, el compromiso o la ideología. Quizás a esta última, la ideología, por su carácter «falso» -no hecho o no tangible, pero tan material como cualquier otra instancia-, se le considere tradicionalmente fuera de las palabras, rodeada por el aura del misterio de la ética y, como tal, eximida de responsabilidad en la contingencia. Sin embargo, la ideología es como la gramática, la cual nos rige, fundamentándose en el lenguaje y estructurándose de manera material: he ahí su apariencia «falsa», y por eso se dice que a las palabras se las lleva el viento. Recorre nuestro pensamiento, como corriente de pensamiento o discurso. Es lo que estructura el sistema. La ideología se presenta -en términos gramscianos- como la amalgama de todas las determinaciones de una cultura dada.

Como bien relata Juan Velasco en el prólogo a la edición española de la editorial Hiperión de 1988, *Cartones de Madrid* se escribió entre 1914-1915, de hecho fue «su primera obra escrita en suelo español, como él mismo refiere en *Historia documental de mis libros*. Antes de publicarlo como volumen, ya habían aparecido como capítulos sueltos en *El Heraldo* de Cuba, los primeros, y en *Las Novedades* de Nueva York, los últimos, en 1915» (Velasco 1988: 7).

Hay que decir que hasta 1917 no se publica como obra exenta y que, como dato fechable, Francisco Giner de los Ríos muere el 18 de febrero de 1915, y precisamente el capítulo XVII «Giner

de los Ríos» (Reyes 1917: 95-99; 1988: 63-66; 1995: 88-90) es el último del volumen, dando cuenta de su muerte a través de las esquelas y semblanzas publicadas en la prensa de la época, que no se cita cuál maneja el regiomontano, pero de las que se hace eco en primera persona: «Influyó siempre -leo en un periódico- de una manera interna, pura e ideal en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionadas con él» (Reyes 1917: 98; 1988: 65; 1995: 90). Ese «leo en un periódico» en primera persona, del propio Alfonso Reyes, alude directamente a los días inmediatamente posteriores a la muerte del filósofo y pedagogo español, que se podría decir sin ambages que se convertiría en un referente para el mexicano, ya sea por su amplitud de miras lejos del chauvinismo castizo españolista, ya sea por su afán reformista y educador, por su propuesta pedagógica, por su liberalismo, o por el bien de un nuevo tiempo y una sociedad instruida, que tanta falta hacía en España como en México.

Recordemos ahora -solo nominalmente- *La media noche. Visión estelar de un momento de guerra*, de Ramón María del Valle-Inclán, escrito en 1916 pero publicado en 1917, sobrevolando el campo de batalla en avioneta, tomando apuntes de lo visto para enviarlo al periódico y aparecer publicado al día siguiente. Y citamos a Valle-Inclán porque el genial manco aparecerá en el capítulo xvi «Valle-Inclán, teólogo» (Reyes 1917: 87-91; 1988: 59-62; 1995: 84-87), ya casi para finalizar *Cartones de Madrid*, caracterizado como «teólogo» y experto en quietismo y teorías místicas. El gallego había ofrecido -según relata Reyes- una conferencia teológica en el Ateneo de Madrid sobre «quietismo estético» y el mexicano lo denomina como «Valle-Inclán el Mágico», loando su disertación de tal modo que «nos ha hecho vivir varios siglos de vida intensa en media hora» (1917: 90; 1988: 62; 1995: 86). No olvidemos que, en el particular viaje de ida y vuelta entre México y España, Valle-Inclán y Reyes se sentían íntimamente ligados. La conferencia en cuestión formaba parte de un ciclo que el gallego impartió en el Ateneo de Madrid: «El quietismo estético», el 13 de marzo de 1915, «Guía espiritual de España. Santiago de Compostela», el 9 de mayo de 1915, y una serie de cinco disertaciones que, justo en vísperas de la publicación del libro, y con el título de «La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales», impartió consecutivamente entre los días 17 y 21 de enero de 1916 (Serrano Alonso 2012: 281-282).

Tendríamos una fecha incluso posterior a la muerte de Francisco Giner de los Ríos, como fecha final de estos *Cartones de Madrid (1914-1917)* de la redacción, es decir el 13 de marzo de

1915, si bien se antepone el capítulo de Valle-Inclán al de Giner de los Ríos ya que este último servía mejor de cierre, sobre todo por la nota luctuosa, pero también a modo de resumen de un proyecto de modernidad impulsado en España por el filósofo y pedagogo, y que servía de espejo en el cual se contemplaba el mexicano para su país natal. Giner de los Ríos «funda la Institución Libre de Enseñanza», desde su proyecto krausista, librepensador y reformista, definiendo a la institución como una «orden monástica».

«Y he aquí como tampoco le faltó fundar una orden. No sé bien si es una orden monástica, pero me parece que es una orden de caballería; aunque tal vez ambas cosas paran en una. Y de aquí proceden los nuevos caballeros de España» (Reyes 1917: 97; 1988: 65; 1995: 89).

Continuando con una de sus extensiones, la Residencia de Estudiantes, donde no pocas veces acudiría el mexicano, seguramente acompañado de lo mejor de los intelectuales y artistas de las primeras décadas del siglo xx en España, entre otros José Moreno Villa (de quien por cierto la edición de Hiperión muestra, en sus páginas iniciales, un retrato del mexicano). Y Moreno Villa, como se sabe, acabaría muriendo exiliado en 1955 en Ciudad de México.

Siguiendo el ejemplo de Giner de los Ríos, Alfonso Reyes fundó –junto otros, entre los que podríamos destacar Daniel Cosío Villegas, fundador asimismo del Fondo de Cultura Económica– el 1 de abril de 1939 la Casa de España en México, una institución constituida principalmente por refugiados de la Guerra Civil española (a los que él, también junto con Daniel Cosío Villegas, ayudó a asilarse) que poco después se convertiría en el hoy prestigiado El Colegio de México. La historia, andando los años, llevaría a estos dos amigos –Reyes y Moreno Villa– a reunirse por desgraciadas causas en Ciudad de México... Y José Moreno Villa recorrería entonces el camino inverso a Alfonso Reyes, escribiendo su *Cornucopia de México* (1940), donde se introdujo en la vida mexicana, adaptándose, asimilándose a su nueva vida de transterrado, y habiendo echado raíces en su nuevo país adoptivo (se casó con una mexicana, tuvo un hijo...). La amistad de Reyes y Moreno Villa, y la figura intergeneracional de éste respecto a la generación del 98 y del 27, en lo que se ha venido llamando la generación de 1914 con más o menos fortuna, podría indicarnos el impulso vanguardista de estos años, el de la modernización estética que se llevaría a un lado y otro del Atlántico...

Acotadas algunas fechas significativas de los capítulos finales, hay que recalcar que *Cartones de Madrid (1914-1917)* está escrito con una exquisita prosa, se presenta en todo momento como una lectura atractiva, dinámica y –como reza en la contracubierta de la edición madrileña citada, la cual seguimos para cualquier referencia, tras la referencia de la *editio princeps*, más la del FCE de las *Obras completas*, por ser la más actual– resulta un «libro moderno, ágil, fresco y siempre sorprendente». Lo cierto es que cuando vemos los inicios del siglo xx, y salvando las distancias y considerando todas las prevenciones, tanto para bien como para mal, no nos parece tan alejado de estos inicios del siglo xxi. Algo distinto sería contemplar los inicios del siglo xix que, aunque se inserten en la modernidad o contemporaneidad, y que éstas se extienden con más o menos consenso desde la Revolución francesa hasta hoy, sin duda quedan más lejanos, como pertenecientes a otra época. O quizá sea una cuestión de la capacidad de identificación que poseemos, por esa inmediata proximidad –a pesar de todos los escollos– del siglo xx a través de las imágenes... No se trata de pensar que no han cambiado los tiempos de 1917 a hoy, pues en ese año estalló la Revolución rusa, y hoy día no queda ni rastro de ella, con todo lo que significa para la utopía, la creencia y la esperanza en un mundo justo. La Revolución rusa fue un acontecimiento decisivo y fundador del «corto siglo xx» –en palabras del historiador marxista británico Eric Hobsbawn (1995)– abierto por el estallido del macroconflicto europeo de 1914 y cerrado en 1991 con la disolución de la Unión Soviética.

No es que no haya cambiado la moda, pues precisamente la moda ha sido lo más cambiante y fluctuante, movida por su mercantilización, sino que con los inicios del siglo xx surge la imagen en movimiento, esto es el cine, recordando el famoso poema «Carta abierta» de Rafael Alberti, en *Cal y canto* (1926-1927):

*Yo nací –¡respetadme!– con el cine.
Bajo una red de cables y de aviones.
Cuando abolidas fueron las carrozas
de los reyes y al auto subió el Papa
(Alberti 1988: 372).*

En 1917 faltaba un año para que estallara el ultraísmo (Videla, 1971), ese conglomerado de vanguardias leídas desde el regeneracionismo, desde el molde español en el enésimo intento por definir precisamente lo español tras la debacle de la pérdida de las últimas colonias del Imperio. Lo español, a debate, como ob-

servaremos en *Cartones de Madrid*. De 1914 data también el prólogo a *El pasajero* de José Moreno Villa, por José Ortega y Gasset, y eso se explica el germen de lo que luego se acrisoló en *La deshumanización del arte*, la metáfora como explicación formal de las tensiones entre la razón y el sentimiento. Este texto es fundamental, porque prepara la metáfora racionalista y, en suma, vanguardista. A partir de ahí se explica la propuesta rebelde del *non serviam* de 1914, de Vicente Huidobro, y su creacionismo del «Arte poética» de 1916. Recordemos que de 1911 es ese célebre verso, «Tuércele el cuello al cisne de plumaje engañoso», del poeta mexicano Enrique González Martínez, con el que se daba por finalizado el modernismo. En este baile de fechas, Rubén Darío muere por cirrosis hepática en 1916, con sólo cuarenta y nueve años. Así que coincidiendo con la convulsa Europa, el ultraísmo recogerá estos impulsos de ruptura y se acercará a una lectura vanguardista de la tradición, como un poco después emprendieron los del 27, y no olvidemos en ese sentido las *Cuestiones gongorinas*, de Alfonso Reyes, publicadas precisamente en 1927...

ALFONSO REYES, UN ESCRITOR BENJAMINIANO

Diez son los años de la estancia española de Alfonso Reyes, de 1914 a 1924, definidos por muchos críticos como el «periodo que vio nacer su mayor y fructífera producción literaria» (Aatar 2015; cf. Pacheco 1991, y Rodríguez Padrón 1993, entre otros). El regiomontano se define bien desde la contemporaneidad de Walter Benjamin, un escritor benjaminiano que conecta con los pasajes, amante y pionero del fragmentarismo, la dispersión, la derivación y la integración, esto es la intensidad: pulcro, concentrado, irónico y abarcador, crítico de arte, poeta, polígrafo, escritor total... Al parecer, ya desde sus inicios escriturales, la vocación dispersa de Alfonso Reyes suscitó que su gran amigo y mentor, aunque sólo cinco años mayor, el dominicano, emigrado en México, Pedro Henríquez Ureña le aconsejara –sin éxito– que no se dispersara (Gutiérrez Girardot 2006: 77). Si la categoría gramatical del modernismo fue el adjetivo, la categoría gramatical de la vanguardia es el sustantivo. Si la figura retórica del modernismo es la sinestesia, la de la vanguardia es la metáfora. Si el modernismo estaba obsesionado con lo moderno, la vanguardia estaba obsesionada con lo nuevo. Y la aceleración de la historia propició que el tiempo que hoy vivimos sea cada vez más caduco, más instante, más simultáneo, como acotaría Octavio Paz en *Los hijos del limo* (Paz 1999: 533 y ss.). Los avances tecnológicos, ya se sabe, comenzaron a crear una espiral

vertiginosa sobre el mundo, la velocidad de las comunicaciones y la información, los medios de transporte, etcétera. Pero hasta el siglo XIX los cambios sociales e históricos fueron, se concibieron o se proyectaron –quizás en comparación de lo que vendría después–, mucho más lentos. A partir de finales del siglo XIX, comienzan a producirse y reproducirse cambios meteóricos, corrientes filosóficas o estéticas bajo el signo de la fugacidad. Ésta sería la primera definición de modernidad, según Alain Touraine en su famoso volumen *Crítica de la modernidad*.

Cartones de Madrid posee el sabor de un libro moderno y clásico, «de rápidos trazos» (Reyes 1917: IV; 1988: 11; 1995: 47), dando cuenta del cubismo, por ejemplo, en el capítulo IX, «El derecho a la locura» (Reyes 1917: 47-52; 1988: 36-40; 1995: 66-69).

«Además, algo de español tiene en sus orígenes el cubismo, dejando aparte la nacionalidad de Picasso y el españolismo del Greco y sus humanas columnas vibratorias. Ha poco, Eugenio d'Ors lo decía: ¿quién más español que don Francisco de Quevedo y Villegas, ni quién más cubista?» (Reyes 1917: 48; 1988: 37; 1995: 67).

En ese sentido, los *cartones* desprenden una intención que, más allá de la estampa, retrato o pincelada impresionista, pretenden deformar –de tradición mexicana– en exceso ciertos rasgos característicos, ya sea de lugares, situaciones históricas, personas, etcétera. A veces incluso podríamos considerar muchos de estos capítulos como pasajes de poemas en prosa, por su destilación... De ahí se entiende el capítulo III, «Teoría de los monstruos» (1917: 13-14; 1988: 18-19; 1995: 53-54), que tan bien conecta con la pintura de Goya, por otra parte tan citado en este volumen... No olvidemos que en griego la palabra *theoría* proviene del resultado de la mirada –lo que se ve–, es decir, aquello que, de su experiencia con las cosas, refleja la mente. Las palabras *theatrón* y *theoría* provienen de una misma raíz verbal. Y desde el saludo –dedicado a los amigos de México y de Madrid– de las primeras páginas de *Cartones de Madrid*, Alfonso Reyes se empeña en hablarnos del mundo visual, de la ceguera, de la pérdida de los ojos, de los prejuicios de la retina, etcétera. Es fácilmente rastreable. ¿Mundo de las apariencias frente a verdad esencial fenomenológica? Con una hábil metáfora vanguardista, nuestro autor advierte que ya no se trata de pintar como el naturalismo, sino de apresar la realidad «con el sentimiento muscular de la forma» (1917: III; 1988: 11; 1995: 47).

Como en el barroco, se apuesta por el exceso. Y mucho de eso hay –no sólo por la iconoclastia– en las vanguardias, que es-

tán surgiendo en estas décadas de manera inopinadamente virulenta. El mexicano da cuenta de su conocimiento de las nuevas estéticas, esas que están sacudiendo el pensamiento liberal burgués –esas que están minando por dentro al sujeto trascendente neokantiano– de principios del siglo xx, y asociará la vanguardia, los movimientos de indagación en la realidad, en una frase: «Inventad un nuevo escalofrío» (1917: 51; 1988: 40; 1995: 69), retomando la idea de Kierkegaard de *Temor y temblor*, relacionando el arte como una apuesta catártica, y presentando la locura como la verdadera guía del artista, faro de la sociedad, entroncando con la tradición del artista visionario, rebelde, que indica a la colectividad por dónde van los nuevos rumbos. La crítica a la españolidad de Pablo Ruiz Picasso luego se vuelve nota a pie de página para aclarar que, ya en 1937, el pintor malagueño «pinta y vive para su España» (1988: 36; 1995: 66). Ahora bien, lo que me interesa de esta controvertida crítica a Picasso, que no será la primera ni la última, pues su arte no fue siempre lo suficientemente comprendido (cf. Ameri y Abril 2009: 12-13), es su asociación con lo español, pues lo español ocupa un lugar muy importante en *Cartones de Madrid*, y se engasta en el tema de España, tan importante desde el 98 hasta mediados de los años cincuenta del siglo xx, aproximadamente. Llama la atención que un mexicano se aproxime de tal modo al asunto de lo español, pero es que habría que considerar varias cuestiones, que nos pondrían delante del objeto que nos ocupa y preocupa.

Igual que para nosotros los inicios del siglo xx no resultan tan lejanos, para un nacido en 1889, el siglo xix tampoco lo parece, pues nació en ese mismo siglo, y más teniendo en cuenta la relación íntima de México y de España, la «reciente» emancipación de las colonias y el vínculo estrecho que supone la pertenencia a una misma cultura y lengua. De ese vínculo, por cierto, jamás podremos emanciparnos, porque cuando hablamos de lengua planteamos la cuestión de la identidad, es decir del facto ontológico que nos rige desde el axioma heideggeriano (Heidegger 2001: 43). Además, en este caso se trata de una identidad compartida. Así que sólo desde esa identidad compartida –a través de un mismo eje– se pasa en el siglo xix de lo español a lo hispano, igual que antes se pasó del castellano al español (Alvar 1992: 7-39), ensanchándose desde la españolidad a la hispanidad (Alvar 2001: 221-236). Más allá del «prestigio» que aporte la metrópoli, se entiende el interés que despierta para un hispanoamericano un país como España. Porque damos por sentado que también ocurre en el otro sentido.

ALFONSO REYES Y EL GONGORISMO

Lo cierto es que la profundización en lo español o –mejor– lo hispánico de Alfonso Reyes, que es muy amplia y vasta, se explica desde los temas gongorinos y, después, desde la conexión con la lectura vanguardista de la tradición, a través de la abstracción mallarmeana. Esto más o menos se produce en 1910, cuando nuestro autor «publica un par de artículos (el primero de ellos resultado de una conferencia que pronunciaría en el Ateneo), todavía muy juveniles, “Sobre la estética de Góngora” y “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé”, más tarde incluidos en su libro *Cuestiones estéticas*, en los que conecta por primera vez las preocupaciones «neobarrocas» con las «modernas» dentro del debate sobre el arte (poético) nuevo que está presente [...] en el interior de todas las preocupaciones artísticas y literarias que presiden la época» (Salvador 2008: 26).

La conferencia sobre Luis de Góngora se realizó, como consta en *Cuestiones estéticas* (Reyes 1911: 89; 1996a: 61), el 26 de enero de 1910 en el Ateneo de la Juventud de México, que a la sazón había sido fundado en 1909 por el propio Alfonso Reyes y otros intelectuales, críticos, artistas y escritores como Pedro Henríquez Ureña o José Vasconcelos. Allí se organizaron para leer y discutir a los clásicos griegos, acuñar agudas reflexiones sobre la literatura y la filosofía universales, y llevar a cabo una importante labor de difusión cultural. De gran relevancia fueron las críticas que hicieron al positivismo y al desarrollo que tuvo en México durante el porfiriato, suscitando una verdadera revolución cultural en el país... El sentimiento e impulso reformista que el mexicano encuentra en la España del regeneracionismo, como podemos observar, ya estaba incubado de un modo u otro en el jovencísimo Reyes.

Además, esa preocupación gongorina se intensifica nada más tocar suelo peninsular, cuando huye de la Francia de la Gran Guerra. Mucho habría que aportar aquí sobre la influencia que Alfonso Reyes ejerció en el gongorismo del 27, y preferimos Veintisiete o 27 a generación del 27 u otras denominaciones, según el profesor Miguel Ángel García en su estudio *El Veintisiete en vanguardia* (2001). Más que un barrido por la obra, apuntes, notas, o una lectura uniforme, quisiéramos resaltar el clima que rodea a *Cartones de Madrid*, pues por aquel entonces nuestro autor se encuentra imbuido en el barroco español, Góngora a la cabeza: «La moda gongorina de estos últimos años trata –como se trató igualmente al advenimiento del modernismo– de descubrir en el viejo maestro cordobés los antecedentes lejanos de ciertas

tendencias de extrema izquierda. Pero, hasta hoy, ha dominado el empeño de estudiar a Góngora mediante los fáciles recursos de la intuición» (Reyes 1927: 242; 1996b: 152).

La reseña, titulada «Un traductor de Góngora» y publicada en la revista parisina *Hispania* en 1920, da cuenta de la «moda» que, recordemos, había comenzado en 1903 con la revista *Helios*, la cual invita «a expresar su opinión sobre Góngora a varios escritores (entre ellos, a Azorín y Unamuno, que confiesa haberse “mareado” a los cinco minutos con la lectura del poeta) [...] continúa con los dos libros de Lucien Paul Thomas, *Le lyrisme et la préciosité cultistes en Espagne* y *Góngora et le gongorisme considérés dans leurs rapports avec le marinisme* (publicados en París en los años 1909 y 1911), y con la edición que lleva a cabo Foulché-Delbosc de las *Obras poéticas de Góngora* según el manuscrito Chacón (Hispanic Society de Nueva York, 1921)» (García 2016: 241-242).

Alfonso Reyes publica asimismo en 1923 en la «Biblioteca» de la revista *Índice*, de Juan Ramón Jiménez y Enrique Díez Canedo, una edición pulcra de la *Fábula de Polifemo y Galatea*. Y en 1919 –estamos resumiendo su labor– había estrenado la colección Universal de Espasa Calpe con una edición prosificada del *Poema del Cid* preparada al alimón con Ramón Menéndez Pidal. Pero esto no son más que algunos de los datos más sobresalientes de Alfonso Reyes como hispanista (Castañón 2011: 54-68), engastado en esa tradición fecunda del humanismo moderno. «Reyes cimentó su humanismo con la erudición que para él no fue sólo acumulación de datos, sino presencia permanente de la tradición» (Gutiérrez Girardot 2006: 75). La acogida de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos, que posteriormente se convertiría en el CSIC, certificó que sus amigos le pidieran que se naturalizase español, cosa que él rechazó; si bien, como atestigua la correspondencia entre Gerardo Diego y él, a finales de 1926 y principios de 1927, especuló con la idea de regresar a España, trabajando como embajador casi con seguridad, aunque ese puesto lo ocupó en Argentina (véase Reyes ápuđ Morelli 2001: 130). A España ya nunca regresó... ¿pero qué habría pasado si hubiera vuelto en 1927, tal y como él deseaba y se trasluce de su correspondencia? Difícil de saber tal hipótesis. Queda constancia de todo lo que escribió y publicó. Unos años antes, como también constata Gabriele Morelli, Reyes y Díez Canedo habían fantaseado en tono burlesco en la revista *Índice* –en el suplemento número 1 de *La Rosa de Papel*– con un artículo y un epistolario inédito descubierto entre Góngora y El Greco (ápuđ Morelli

2001: 124). A propósito de estos años de amistad, Enrique Díez Canedo, a imitación de una poesía de Valle-Inclán titulada «La hora del lubricán», compondrá unas estrofas lúdicas de las que entresacamos ésta:

*Es la hora de Alfonso Reyes,
escritor de abundante léxico,
que piensa en las calles de México
y en los cactus y los mameyes.
Es la hora de Alfonso Reyes.
(Ápud Moreno Villa 1976: 81)*

ALFONSO REYES EN EL REGENERACIONISMO

La España a la que llega Alfonso Reyes en 1914 está en pleno proceso de regeneración ideológica, sociohistórica y moral. Nunca pudo ser terreno más fértil para el polígrafo mexicano: «El caudal de saberes que había acumulado durante su participación en la España renovadora (historia europea y universal, geografía, cinematografía, literatura universal y española y la ciencia filológica) lo integró Reyes en su obra de teoría literaria» (Gutiérrez Girardot 2006: 73). La España de la Institución Libre de Enseñanza, de la generación del 98, del regeneracionismo, de la generación de 1914 y la joven literatura, que cuajaría en el 27, y que, entonces, aunque incipiente, ya estaba ahí. En ese sentido, Reyes abordó su tarea como un escritor integral, abarcador de múltiples géneros literarios, todos ellos abordados con éxito y brillantez, visionario y avanzado para su tiempo, criticado muchas veces por incomprendido, sobre todo en México, al no entender su fervor por la antigüedad grecolatina. Hoy día hablamos de Alfonso Reyes, sin lugar a dudas, como precursor e instigador del 27, del gusto por Góngora y el gongorismo: «antecedió como fermento al grupo del 27», en palabras una vez más de Rafael Gutiérrez Girardot (2006: 70), quien no duda en asignarle un lugar mucho más preponderante que el que habitualmente la crítica historiográfica española le ha asignado: «Colaborador de R. Foulché-Delbosc en la primera edición de las *Obras poéticas* (1921) de Góngora y autor de bibliografía complementarias sobre “su poeta”, Reyes puso a disposición el material indispensable para la resurrección del inspirador del grupo del 27» (2006: 84). De hecho, fue invitado a colaborar en carta de Gerardo Diego del 28 de agosto de 1926 (ápud Morelli 2001: 119-120) al homenaje a Góngora, conviniendo en misivas sucesivas que se encargaría de las *Letrillas*, si bien nunca vieron la luz, ya sea por excusas o por

diferentes inconvenientes. A falta de este volumen, sus *Cuestiones gongorinas* resultaron el mejor homenaje al cordobés... Y que conste que fue invitado a pesar de no formar parte de aquel selecto grupo de «jóvenes» poetas ni ser español, haciendo con él una «excepción tan honrosa» (en palabras del propio Reyes recogidas ápuđ Morelli 2001: 31). Dámaso Alonso se opuso en principio a la inclusión de Alfonso Reyes en esta nómina de editores del genial cordobés (ápuđ Morelli 2001: 45), argumentando lejanía, aunque más bien podemos adivinar que el carácter de gongorista avanzado –*avant la lettre* (véase Malpartida 2010: 28-29)– del mexicano le había granjeado, a la par que admiración, tampoco esto se duda, cierta envidia de quien después pasaría a considerarse su mayor estudioso, como fue el caso de Dámaso Alonso.

ALFONSO REYES, UN MEXICANO «CORDIALMENTE ESPAÑOL»

Consideradas por tanto las precuelas y las secuelas, junto a algunos detalles pertinentes alrededor de *Cartones de Madrid*, hay que subrayar el carácter español de la obra, habiendo sido escrita por un mexicano «cordialmente español», como lo califica Gerardo Diego (1927-1928: 88 ápuđ García 2016: 189). Habría que matizar que aunque *Cartones de Madrid* indague en lo español, se alude a una hispanidad transversal, refiriéndonos al concepto antes expresado, y que quizás sea éste el motivo de preocupación central de la obra. Alfonso Reyes se suma así al regeneracionismo que, andando el tiempo, cuajará en la «Razón de Estado» (García Montero 2007: 2-3) que a la postre fue el 27. De los muchos temas que trufan *Cartones de Madrid*, quizás el que más llame la atención es esa indagación en lo español, en ese concepto de lo hispánico que preocupó a los escritores españoles, pero que también fue piedra de toque para aquellos intelectuales y escritores que se sentían en la tradición de lo hispánico, como Alfonso Reyes. Desde sus primeras páginas, tras la presentación de Madrid como *cour des miracles*, el medievalismo con que se nos introduce hunde sus raíces en el mismo nacimiento de lo español, en la tradicional «danza de la muerte» (1917: 3; 1988: 13; 1995: 49), la cual, por otra parte, es también mexicana, y a su vez el capítulo «I. El infierno de los ciegos» viene prefigurado por Dante, quien nos guía «nel mezzo del cammin di nostra vita, / mi ritrovai per una selva oscura», adentrándonos en la selva del libro y de la vida, concibiendo la obra como una aventura textual y vital, una experiencia literaria y de vida, pues se trata de un trozo del escritor, el cual es inseparable del ser humano.

El narrador se presentará tácitamente como un *flâneur* (Benjamin 1998: 49 y ss.) que recorre las calles, figones, callejas y lugares más variopintos del Madrid de la época, curioseando y perdiéndose entre la multitud, como «El hombre de la multitud» de Poe, que tradujo precisamente Baudelaire, presentándonos unas estampas o escenas matritenses, remedando el costumbrismo de Mesonero Romanos (véase el capítulo xv, homenaje expresamente titulado «El curioso parlante», 1917: 81-84; 1988: 55-58; 1995: 81-83), actualizándolo... La conexión temática se extrapola al capítulo II, que continúa la estela temática de los mendigos, «La gloria de los mendigos» (1917: 7-9; 1988: 15-17; 1995: 51-52), cuando alude a Juan Ruiz de Alarcón, de quien publicará –entre otros volúmenes– en Madrid sus *Páginas escogidas*, en la editorial Calleja en 1917, haciendo un guiño a su propia situación de escritor mexicano en Madrid. A Reyes le interesa no «la cuestión de la mexicanidad de Alarcón», sino «reflexionar acerca de la dinámica entre la cultura colonial de Nueva España y la cultura europea de la época» (Houvenaghel 2013: 16). Ahora bien, el mendigo –su verdad sospechosa– supondrá otro eje temático que conectará con una valoración ideológica profunda del mundo, como veremos, a través de los planteamientos liberales de Alfonso Reyes, desde el fisiocratismo a *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. En palabras de José Emilio Pacheco, Alfonso Reyes fue un «escritor laico y liberal por excelencia en una tradición tan católica como la nuestra» (Pacheco 1989). Su propio padre, Bernardo Reyes, provenía de una familia importante que formaba parte del partido liberal (Benavides Hinojosa, 1998 y 2014).

El fisiocratismo fue una doctrina económica que surgió en el ilustrado siglo XVIII en Francia. Esta corriente afirmaba que toda la riqueza venía de la tierra y que la agricultura producía más de lo que se necesitaba para mantener a los que se ocupaban de ella. Propugnaba además la existencia de una ley natural que regía el funcionamiento económico. Los pensadores fisiócratas, al igual que los mercantilistas, buscaban una estrategia para el desarrollo económico mediante políticas coherentes. Pero a diferencia del mercantilismo, la fisiocracia se interesó en las fuerzas reales que conducen al desarrollo y llegaron a la conclusión de que la fuente de riqueza estaba en la tierra. Por lo tanto, hacia ella debía dirigirse el Estado para obtener fondos, por lo que propusieron el impuesto único sobre la tierra... Efectivamente, el fisiocratismo aparece en el segundo capítulo, y luego se complementa –a modo de teoría correctora– con el capítulo x, «Ensayo sobre la riqueza de las na-

ciones» (1917: 55-58; 1988: 41-44; 1995: 70-72). Con una nota curiosa añadida a la edición de 1955 (y que no fue señalada en la edición de Hiperión), donde dice: «Si esos políticos quieren enriquecer al pueblo –es irremediable– que lo prostituyan», a lo cual apostilla a pie e página: «Recordemos la fábula de las abejas, de Mandeville, siglo XVIII» (1995: 72). *La fábula de las abejas*, también titulada *Vicios privados, beneficios públicos*, desarrolla en una veta satírica la tesis de la utilidad social del egoísmo. Continúa, prefigurando a Nietzsche, que todas las leyes sociales son el resultado de la voluntad egoísta de los débiles, para apoyarse mutuamente protegiéndose del más fuerte. La obra, que se vio afectada por las ideas libertinas que se desarrollaban en Europa, critica a la sociedad hipócrita del inicio del desarrollo industrial, el cual presenta como virtuoso ocultar sus vicios y que, paradójicamente, según Mandeville, son necesarios para el bienestar colectivo.

Desde la mendicidad, concebida como el acto primordial del lucro, en tanto que necesidad antropológica, pasando por la dialéctica mendigo/pícaro, hasta la exaltación de la propina (es bien sabido, por ejemplo, que la II República española prohibió la propina), se nos presenta, desde la conciencia de lo hispánico, una succulenta manera de ver el mundo, ese submundo –inframundo, pues se trata de un *descensus ad inferos*– no sólo de Madrid sino de cualquier realidad social extrapolable. Todo ello vetado de un particular antimerchantilismo, como buen fisiócrata y reformista, al afirmar: «La compra-venta no puede ser causa de la riqueza: es un mero círculo vicioso» (1917: 56; 1988: 42; 1995: 70). Así que se trasluce una particular visión sociopolítica del mundo, ideológica al fin y al cabo, de Alfonso Reyes en sus *Cartones de Madrid*. Y diferenciando sin anfibologías, en la página siguiente, a la propina de la limosna o caridad (particularmente asociada a la decadencia española), a la picaresca, al hundimiento del Imperio. Precisamente a la época dorada, y a un momento culmen de la historia de los Austrias, se refiere el autor cuando alude al príncipe Baltasar Carlos (1917: 38; 1988: 32; 1995: 63), muerto a la edad de dieciséis años por viruela. Después, ya se sabe, le sucedió Carlos II, apodado El Hechizado, con lo que podríamos encontrarnos frente al apogeo... y el inicio del declinio. Las alusiones al Barroco, que tras la teorización de Eugenio d'Ors –quien aparece en el orteguiano capítulo VIII, «Estado de ánimo» (1917: 43-44; 1988: 34-35; 1995: 65) a propósito del ideal vegetativo y la indolencia hispánica, y en el siguiente capítulo IX, «El derecho a la locura»– pasará después a denomi-

narse *lo barroco* (cf. Ors 2002), y que se considera tan hispano como novohispano, conectan con lo grotesco (relacionado posteriormente con lo español vía Romanticismo), la no reducción de lo español a través de lo andaluz, desde el pintoresquismo de los viajeros románticos (en la presentación de *Cartones de Madrid* comienza citando al viajero Théophile Gautier más como pintor que como escritor), o los vínculos del carnaval con el medievalismo, como singularidad del universo hispánico (que entronca con lo mexicano) en el capítulo v, «El entierro de la sardina» (1917: 23-27; 1988: 24-27; 1995: 58-60). En ese sentido, el capítulo iv «La fiesta nacional» (1917: 43-44; 1988: 20-23; 1995: 55-57) no es sólo una definición de la identidad hispana, sino también de la novohispana, aunando visión española y mexicana, pues la fiesta de los toros se comparte a un lado y otro del Atlántico.

Quedan bastantes detalles por comentar, pues la prolija y densa prosa de Alfonso Reyes daría para mucho. Pero vamos a concluir. La cantidad de citas, nombres, referencias, etcétera, desde el torero Lagartijo (1917: 18; 1988: 21; 1995: 56) al califa del siglo VIII Harún al-Rashid (Aroun al Raschid en su transcripción fonética, 1917: 50; 1988: 39; luego Harun al Raschid, 1995: 68), o desde Luis Taboada hasta Ventura de la Vega (1917: 18; 1988: 21; 1995: 56), por citar sólo algunas, son innumerables. Y ello nos haría extendernos más de lo conveniente, quizá de manera innecesaria, ya que en cualquier caso Alfonso Reyes incide en la renovación o reforma de lo español a través de lo hispano, aprovechando lo mejor de la tradición europea, con énfasis en lo grecolatino, dotando de un nuevo valor a la fértil relación con América, en un «gran diálogo transatlántico» (Pastor 2011: 13-29) que como buen liberal se encarna en él mismo, en unas raíces que agarran a un lado y otro de la mar oceánica. Alfonso Reyes, un mexicano ejemplar y cordialmente español.

BIBLIOGRAFÍA

- Aatar, A. (2015). «La poesía de Alfonso Reyes (a través de su experiencia en Madrid)», Sur. Revista de Literatura 5, Málaga: mayo, 1-15. <https://goo.gl/ZRhFf7> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- Alberti, R. (1988). Obras completas. Tomo I. Poesía 1920-1938, Ed., intr., bibliografía y notas de Luis García Montero, Madrid: Aguilar.
- Alvar, M. (1992). «Del castellano al español», Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid: 7-39. <https://goo.gl/2ocLmp> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- —. (2001). «¿Fragmentación del español?», en Eche-
nique y Sánchez Méndez 2002, 221-236. [https://
goo.gl/uKF4yc](https://goo.gl/uKF4yc) [Ref. consultada el 28 de febrero de
2019].
- Ameri, S. y Abril, J. C. (2009). «Introducción», en Pa-
solini 2009, 7-20.
- Benavides Hinojosa, A. (1998). El general Bernardo
Reyes, vida de un liberal porfirista, Monterrey: Edicio-
nes Castillo. Luego publicado en 2009 en Ciudad de
México: Tusquets Editores.
- —. (2014). «Bernardo Reyes: un liberal porfirista»,
Monterrey: TEC de Monterrey, Cátedra Alfonso Re-

- yes, 23 de febrero de 2010. <https://goo.gl/HiW8EN> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- Benjamin, W. (1998 [1972]). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Trad. y pról. de Jesús Aguirre, Madrid: Taurus.
- Castañón, A. (2011). «Alfonso Reyes, hispanista», *Armas y Letras. Revista de literatura, arte y cultura* 74-75, Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, enero-junio, 54-68. <https://goo.gl/UnjE6h> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- Diego, G. (1927-1928). «Crónica del centenario de Góngora (1627-1927)», en Soria Olmedo, ed. 1997, 87-97.
- Echenique, M^a. T. y Sánchez Méndez, J. P., coords. (2002). *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Valencia 31 de enero-4 de febrero 2000, Madrid: Gredos.
- García, M. Á. (2001). *El Veintisiete en vanguardia. Hacia una lectura histórica de las poéticas moderna y contemporánea*, Valencia: Pre-Textos. I Premio Internacional «Gerardo Diego» de Investigación Literaria.
- . (2016). *Cartografías del compromiso. Vanguardia e ideología en los poetas del 27*, Madrid: Calambur, col. Selecta Philologica.
- García Montero, L. (2007). «La Generación del 27 como razón de Estado», *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* 732, Madrid: Espasa, diciembre, 2-3.
- Gutiérrez Girardot, R. (2006). «Alfonso Reyes y la España del 27», en Rafael Gutiérrez Girardot, *Tradición y ruptura*, Bogotá: Debate, 2006, 67-86.
- Heidegger, M. (2001 [1947]). *Carta sobre el Humanismo*, Versión de Helena Cortés y Arturo Leyte, Madrid: Alianza, 1^a reimpr.
- Hobsbawm, E. (1995 [1994]). *Historia del siglo XX*, Trad. de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, Barcelona: Crítica.
- Houvenaghel, E. (2013). «Juan Ruiz de Alarcón y Alfonso Reyes entre dos orillas», *Orillas. Rivista d'ispanística* 2, Padova: Università degli Studi di Padova, 1-20. <https://goo.gl/8rbL9P> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- Malpartida, J. (2010). «Góngora», *Letras Libres* 100, Madrid: 28-29. <https://goo.gl/GYQQUH> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- Morelli, G., ed. introd. y notas (2001). *Gerardo Diego y el III centenario de Góngora (Correspondencia inédita)*, Valencia: Pre-Textos.
- Moreno Villa, J. (1940). *Cornucopia de México*, Ciudad de México: La Casa de España en México.
- . (1976 [1944]). *Vida en claro. Autobiografía*, Madrid: FCE, 1^a reimpr.
- Ors, E. d' (2002). *Lo barroco*, Pról. de Alfonso E. Pérez Sánchez, Ed. preparada por Ángel d'Ors y Alicia García Navarro de d'Ors, Madrid: Tecnos/Alianza.
- Ortega, J., compilador (2011). *Reyes, Borges, Gómez de la Serna. Rutas trasatlánticas en el Madrid de los años veinte*, Ciudad de México-Monterrey: Orfila-Tec de Monterrey.
- Pacheco, J. E. (1989). «Para acercarse a Alfonso Reyes», *El proceso*, Ciudad de México, 20 de mayo. <https://goo.gl/qubFqs> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- . (1991). «Alfonso Reyes en Madrid (1914-1924)», en Rangel Guerra 1991, 19-26.
- Pasolini, P. P. (2009 [1957]). *Las cenizas de Gramsci*, Ed., trad., pról. y notas de Stéphanie Ameri y Juan Carlos Abril, Madrid: Visor.
- Pastor, B. (2011). «Ramón, Borges, Reyes: apuntes sobre un gran diálogo trasatlántico», en Ortega, compilador 2011, 13-29.
- Paz, O. (1999 [1991]). *La casa de la presencia. Poesía e historia. Obras completas I*, Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2^a ed.
- Rangel Guerra, A., ed. y notas (1991). *Alfonso Reyes en Madrid: Testimonios y homenaje*, Monterrey: Fondo Editorial Nuevo León.
- Reyes, A. (1911). *Cuestiones estéticas*, Pról. de Francisco García Calderón, París: Sociedad de Ediciones Literarias y artísticas, Librería Paul Ollendorff.
- . (1917). *Cartones de Madrid (1914-1917)*, Ciudad de México: Editorial Cultura.
- . (1927). *Cuestiones gongorinas*, Madrid: Espasa-Calpe.
- . (1988 [1917]). *Cartones de Madrid*, Pról. y notas de Juan Velasco, Madrid: Hiperión.
- . (1995 [1956]). *Obras completas, II*, Ciudad de México: FCE, col. Letras mexicanas, 3^a reimpr.
- . (1996a [1955]). *Obras completas, I*, Ciudad de México: FCE, col. Letras mexicanas, 3^a reimpr.
- . (1996b [1958]). *Obras completas, VII*, Ciudad de México: FCE, col. Letras mexicanas, 3^a reimpr.
- Rodríguez Padrón, J. (1993). «Alfonso Reyes y el Madrid posible», *Anales de la literatura hispanoamericana* 22, Madrid: Universidad Complutense, 203-218. <https://goo.gl/oQ4eqX> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019].
- Salvador, Á. (2008). «Los escritores hispanoamericanos y la Generación del 27», *Letral. Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos de Literatura* 1, Granada: Universidad, 23-51. <https://goo.gl/hfjWxL> [Ref. consultada el 28 de febrero de 2019]. Luego en Antonio Jiménez Millán y Andrés Soria Olmedo, eds., *Rumor renacentista. El Veintisiete*, Málaga: Diputación, Centro Cultural Generación del 27, col. Estudios del 27, 255-289.
- Serrano Alonso, J. (2012). «"Tres modos estéticos". Una conferencia olvidada de Valle-Inclán en Valladolid (1917)», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXVIII, 2, Santander: Real Sociedad Menéndez Pelayo, 277-296.
- Soria Olmedo, A., ed. (1997). *¡Viva don Luis! 1927. Desde Góngora a Sevilla*, Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Touraine, A. (2000 [1992]). *Crítica de la modernidad*, Trad. de Alberto Luis Bixio, Buenos Aires: FCE, 6^a reimpr.
- Velasco, J. (1988). «Prólogo», en Reyes 1988, 7-10.
- Videla, G. (1971). *El ultraísmo. Estudios sobre movimientos poéticos de vanguardia en España*, Madrid: Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, 2^a ed.